

Los fantasmas huelen a vainilla

María Fernanda Heredia

loqueleg

*Para los niños que lograron
escapar de los monstruos.
Y para los que lo siguen intentando.*

Hay días en que la vida se pone de cabeza. Parecería que al mundo se le sueltan las piezas y se desarma sin que nadie sepa cómo arreglarlo.

9

Todo empezó cuando una tarde de viernes, mientras yo veía en la tele un programa de animalitos, sentí un aroma extraño, escuché un ruido que venía de la cocina: “¡Tizxxx!”, y enseguida mamá gritó una de sus *palabritas*: “¡Hijuechinche!”.

Mamá normalmente usa “palabritas” en lugar de “palabrotas”. Es un invento pedagógico suyo para evitar que mi hermana María y yo aprendamos a decir groserías.

Esto es como si a las *palabrotas* mamá las pasara por un enjuague con suavizante para dejarlas limpias y fragantes, y así, mágicamente, se convierten en *palabritas*. No son muy ingeniosas: hijuechinche, hijuetango, hijueponcho, hijuechancla, hijuepato, pero a
10 mi mamá la hacen sentir muy orgullosa por sus resultados.

Cuando escuché su grito, volteé y vi que de la cocina venía una nube negra que muy pronto lo invadió todo.

Mamá salió presurosa sacudiendo sus manos, levantó a mi hermana que estaba sentada en el suelo jugando con su zapato como si fuera un carrito, me tomó de la mano, llamó de un grito a mi perro Trueno y nos condujo a todos al jardín.

—¿Qué pasó? ¡¿Se va a quemar la casa?! —le pregunté asustada, mientras mi hermana María hacía ruidos como de

sirena de bomberos y Trueno ladraba sin parar.

—¡No, Manuela, tranquila! Se quemó el horno. Cuando desaparezca el humo volveremos a entrar, no hay peligro.

Trueno ladraba con insistencia, normalmente es un perro discreto, pero cuando algo lo asusta (y lo asustan las abejas, las palomas, los gatos e incluso las cucarachas) se pone insoportable. No comprendo si sus ladridos significan: “¡Auxilio! ¡Soy un perro en peligro! ¡Una cucaracha me está amenazando de muerte!” o quizá estoy equivocada y no es tan cobarde sino muy valiente y lo que quiere decir con su escándalo es: “¡No sabes con quién te has metido, soy Súper Trueno y te convertiré en puré de cucaracha!”

Mi mamá siempre lo manda a callar, pero esta vez le acarició las orejas y le dio unas palmaditas en la cabeza, como si con ese

gesto quisiera decirle: “Sí, Trueno, yo me siento igual que tú”.

Mamá estaba asustada y triste. Sin su horno ella ya no podría volver a trabajar.

12 Durante años se había dedicado a hacer pasteles, tortas, galletas y postres para venderlos entre las vecinas y las amigas. El salario de papá no siempre alcanzaba y la venta de pasteles ha sido como el superhéroe que llega en el momento justo para salvar el mes.

La nube negra fue cediendo poco a poco y después de unos minutos pudimos volver a entrar. Había un olor extraño, un olor triste, como a ilusiones chamuscadas, quizá por eso a mamá se le llenaron los ojos de agua.

Se secó con la manga de su blusa y, forzando una sonrisa, intentó disimular:

—No pasa nada, todo estará bien.

Pero yo sabía que no era cierto. Aunque mamá es una mujer muy alegre, que baila y ríe todo el tiempo, en esta ocasión parecía que sus emociones habían hecho cortocircuito y se habían llenado de humo. El viejo horno, que había pertenecido a la abuela de la abuela de la abuela, llevaba años dando problemas. Después de décadas de servicio se había cansado de tantas calenturas y había decidido jubilarse. Mamá había perdido su instrumento para hornear alegrías.

13

Al rato, mientras ella llamaba a una cliente para disculparse y decirle que esa tarde no habría galletas de chocolate, papá entró por la puerta. Venía despeinado y con la corbata decaída.

Mamá dejó el teléfono sobre la mesa, cargó a María, que estaba mordiendo el zapato con el que hasta hace un momento había estado jugando, y le preguntó:

—¿Todo bien, Pepe?

Él suspiró, se dejó caer sobre el sofá y contestó:

—Bueno... más o menos.

14 Y enseguida se puso a estornudar. Él es alérgico a casi todo... y eso incluye alergia a las preocupaciones.

Desde hace varios años papá trabaja en un banco, él es contador y, claro, se encarga de las cuentas. Sin embargo, cuando papá le relató a mamá lo que había ocurrido esa tarde en su oficina, me dio la impresión de que trabajaba en una fábrica de tijeras, podadoras y sierras:

—Hoy me llamó mi jefe, me dijo que la cosa no anda bien y que debe hacer recortes en los gastos, y recortes en el personal, y recortes en la planilla, y recortes en el presupuesto...

—¿Y eso qué significa? —preguntó mamá.



—Que me recortaron.

Me asusté mucho y miré sus manos para verificar que no le hubieran cortado los dedos. Me fijé en sus orejas, en sus dientes y en sus pies.

16 —¡No quiero que te recorten nada, papá!
¡Quiero que te dejen completo!

Papá se esforzó en sonreír.

—No te preocupes, Manuela —me dijo acariciándome la cabeza—, estoy bien.

Pero no, no estaba bien, se notaba a leguas que el jefe le había recortado la tranquilidad.

Hay días en que no pasa nada.

Pero también hay días en que el mundo se pone de cabeza y ocurren dos cosas malas: se quema el horno y papá se queda sin trabajo.

¿Dije dos? Bueno, me equivoqué, porque fueron tres cosas malas.

Cuando papá terminó de contarnos lo que había pasado, volteé a mirar a mi alrededor y me di cuenta de que en esa escena faltaba alguien: Trueno.

Tan aturdido como estaba, papá había dejado abiertas las puertas de la sala y la de la calle. Corrí mirando a un lado y a otro, y al llegar a la acera grité:

—¡Hijuechinche! ¡Trueno se escapó!

Me llamo Manuela y tengo tres secretos: 1) Una caja en la que guardo palabras que salvo de la muerte. 2) Un amigo fantasma que se llama Aldo. 3) Y una habilidad especial para reconocer olores. 19

La caja me la regaló mi tía y me dijo que allí debo guardar las palabras que las personas han olvidado o han dejado de pronunciar, las que significan algo importante y las que yo necesito para ser feliz. “Las palabras enferman y mueren si nadie se acuerda de ellas” me dijo mi tía. De inmediato yo imaginé una palabra delgadita, con fiebre, con ojeras, y sentí lástima. Ayer rescaté una que

nunca antes había pronunciado: *buscavidas*. Cuando la encontré en un libro viejo, pensé que un *buscavidas* era un aparato muy sofisticado de la NASA que serviría para buscar vida en otros planetas, imaginé que una sonda espacial llegaba a Marte, se abría una pequeña puerta y desde la Tierra unos científicos muy estresados que observaban una pantalla daban la instrucción: “Operación exitosa, que salga el buscavidas” y entonces un robot con ruedas, lucecitas y antenas salía a inspeccionar el terreno. Pero no, no significa eso. Entendí que un buscavidas es... alguien como mi mamá y como mi papá.

¿Dije que tengo un amigo fantasma? Pues es verdad. Mi amigo se llama Aldo Monteblando y lo conocí hace unos meses cuando apareció repentinamente en mi habitación. Cuando lo vi ahí, gigante, con su